

rito los egipcios y algunas otras naciones por ellos dominadas. La circuncision de la carne, segun advirtió ya el gran legislador hebreo, era un símbolo de la del corazon, esto es, de sus perversas propensiones, figura asimismo de la regeneracion bautismal.

El octavo dia de su nacimiento, fué circuncidado el Hijo de Dios y llamado Jesus conforme á la órden de su Padre celestial, cuya ceremonia, segun san Epifanio, se verificó en la cueva misma de Belen. Ved ahí una muestra asombrosa de humildad, que el impecable se sometiese á una ley que suponía el pecado y que figuraba el sacrificio de la parte corrompida de nuestra naturaleza.

La humildad, ved ahí la gran virtud sobre que descansa todo el misterio de la redencion humana. El orgullo es el que introdujo la muerte, y la humildad debian restablecer la vida. Los que no hayan penetrado la sublime y misteriosa economía de Dios en la reparacion del mundo, cual nos lo presenta la religion, estrañarán sin duda que el Mesías reparador aparezca en el mundo sin ninguno de los brillantes aparatos, al través de los cuales saben buscar únicamente los ojos del hombre la majestad y la gloria. Pero el mundo moral está sujeto á las leyes muy distintas. La naturaleza humana, contaminada y decaida en su origen por la altivez de la criatura, necesitaba de un reparador, que por medio del mas profundo sacrificio de sí mismo, volviese á conciliarse la gracia y amistad de Dios que habia perdido: y aunque este reparador fuese el Verbo de Dios, convenia que apareciese con todas las condiciones de la humildad y del abatimiento á los ojos de los mortales, para quienes debia ser el modelo, aun cuando en el órden de los espíritus, esto es, en su propia persona, encerrarse toda la grandeza y toda la gloria de la Divinidad. Humillóse sin degradarse, abatióse sin envilecerse: conservó en sí mismo toda la altura de un Dios, descendiendo á la ínfima condicion de la criatura. Como habia criado al hombre á su semejanza, no se desdeñó de tomar su figura, sus formas, de sujetarse á sus miserias naturales, á sus sufrimientos, escojió el estado mas pobre y abatido: el desierto, la noche, el frio, la desnudez, aquí es en donde encerró para el mun-

do y para el universo la leccion sublime que era el objeto de su mision, la necesidad que tiene el hombre de humillarse para ser digno de subir, de abatirse para ensalzarse. Hé aquí la felicidad que venia á traer al mundo; pero no al mundo altivo y orgulloso, no al mundo envaneido y endiosado, sino al mundo humilde, al mundo mortificado, al mundo sencillo y pobre de espíritu. ¿Y cómo, si hubiese nacido sobre un sòlio, rodeado de los brillantes pero efímeros atributos del poder, hubiera podido decir despues á la faz de la tierra: Bienaventurados los pobres, los que sufren, los que lloran, los mansos y humildes de corazon? Ved ahí toda la economía del cristianismo compendiado en el misterio de Belen.

Así que, no faltan palabras á la esposa del Cordero para engrandecer al humilde Niño, circuncidado en una cueva como el mas oscuro niño de Israel. En Él, á pesar de su espontáneo abatimiento, desaparecen las ceremonias de la ley antigua, disíbase el temor como una niebla impura, y nace y brilla una nueva alianza de amor entre Dios y los hombres. Jesus, rayo del verdadero sol y esplendor de la luz del Padre, lleva al nacer en su ensangrentado cuerpecito el oprobio de nuestros pecados, y esta pura sangre que tiene ya la virtud de borrarlos y que gotea de los tiernos miembros del divino Infante, es para nosotros como una prenda de que un dia la derramará toda. El nombre que hoy recibe es la admiracion del universo, y á Él solo se postrarán el cielo, la tierra y los abismos.

Gloriense los conquistadores con un nombre que recuerda la destruccion de los pueblos sojuzgados. Esta es la gloria del orgullo y de la opresion. El nombre de Jesus, en medio de su humildad, es la gloria del libertador de los hombres. Este nombre es el único supremo que deben invocar la miseria, la desgracia, la horfandad, el desamparo: Él es el único que puede hacer levantar los muertos de su sepulcro y hacerlos vivir eternamente.

En efecto, la humildad es la que trasformó la faz del mundo, y la que dispuso al hombre para recibir en sí la gracia y los beneficios inmensos de la religion. Ella es la que animó la fé, dió

alas á la esperanza y sopló la llama de la caridad. Esta virtud era la mas desconocida en el mundo antiguo, aletargado en el sueño de muerte en donde le sumiera el orgullo. Los filósofos mismos, los que estudiaban al hombre y le daban lecciones para mejorarle, la ignoraban, ó la tenían, no por una virtud que significa fuerza, sino por una debilidad. La temperancia, la rectitud, el desprendimiento, el amor á la patria y á los hombres, hasta el olvido de las injurias y el hacer bien á los enemigos, fueron virtudes conocidas y predicadas, si no practicadas, por los antiguos sábios. Pero la razon humana, obeecada y vacilante, no podia dar por sí sola con el gran remedio que debia arrancar de cuajo la raiz pervertida que lesiaba el corazon humano; no podia adivinar que el hombre, para engrandecerse, debiese primero pasar por un voluntario abatimiento, no podian ni aun concebir que en la mayor flaqueza aparente cual es la humildad, se encerrase la mayor fortaleza, la mayor virtud, la fuerza asombrosa que quita el rayo de las manos de Dios y reconcilia la tierra con el cielo.

Los pastores y los reyes fueron las primeras tradiciones de que nos hablan las primitivas historias, y las mas análogas á la primitiva sencillez de las sociedades. Los primeros gefes de las familias fueron pastores y reyes á un mismo tiempo, reuniendo á la sagrada corona de la paternidad las riquezas y la simplicidad de costumbres de la vida pastoral. El mismo Jesucristo, que es el rey de los siglos y el símbolo perfecto de todas las grandezas humanas, se nos ofrece á sí mismo como á un buen pastor de almas. Y á pesar de la refinada corrupcion á que han descendido las sociedades, los sencillos creyentes se reúnen todavía bajo el báculo paternal de su pastor que representa en la tierra al Pastor universal de toda la grey cristiana.

Y así como los pastores de Judá habian tomado la iniciativa de prestar el homenaje al Dios recién nacido, debian seguirle los sábios y los reyes de la tierra.

No tardó, pues, mucho tiempo despues del nacimiento de Jesus, á ser éste revelado por medio de los astros á grandes distancias.

Magos ó sábios, en la Caldea se dedicaban á estudiar el curso de las estrellas, porque la astronomía, en la sencillez de las antiguas costumbres, ejercia una grande influencia en el elemento moral del espíritu humano. Nada presenta á la imaginacion una sombra mas magnífica de lo infinito; ó mas bien, nada en el mundo de los cuerpos refracta mejor los rayos de aquella grande idea, que estos espacios, los cuales parece desafian el poder y la capacidad de nuestro pensamiento; estas fuerzas, que recorren distancias incalculables con tal celeridad, que estas mismas distancias, cuya sola idea nos confundia, quedan á su vez como vencidas y devoradas por el movimiento. Nó, jamas nos penetra tan vivamente la idea de órden, como cuando entrevemos una complicacion infinita de movimiento en el seno de una calma inmensa.

Enseñanos la historia del espíritu humano, que esta ciencia gloriosa es la primojénita de las ciencias físicas, que fué la primera en producirse y desarrollarse, ya durante su infancia en la antigüedad, ya al partir de la adolescencia en los siglos modernos. Los sábios, pues, que la cultivaban, instruidos sin duda en las primeras tradiciones, divisaron una estrella de primera magnitud, y por su marcha extraordinaria ó por otras no ménos ciertas señales, reconocieron en ella la *estrella* de Jacob, vaticinada, no solo por los oráculos hebreos, sino por las viejas tradiciones de la Arabia. No hay duda que á estos sábios, á quienes la tradicion presenta tambien como reyes ó príncipes, les ilustró el corazon el fuego de una luz celeste, así como les heria los ojos el nuevo astro; y no dudaron ya que el Rey de los judíos, anunciado por los profetas y esperado por las naciones, habia sido por fin dado al mundo. Resueltos, pues, á ir en busca de este nuevo Rey divino y de presentarle sus homenajes, hicieron sonar las trompetas de la partida. Dejando tras sí la ciudad de los Seleucidas y las silenciosas ruinas de Babilonia, tomaron el arenoso camino de la Palestina; guiándoles y precediéndoles la nueva estrella, como la columna de luz á los hijos del desierto, pues aquel astro carecia de regularidad en su movimiento, y seguia maravillosamente los

varios giros y movimientos de los ilustres viajeros. Divisaron por fin las altas torres de Jerusalem, y la estrella se ocultó en las profundidades del cielo, como una criatura inteligente, dice Orsini, que descubre un cercano peligro. Los sábios del Oriente no tubearon en entrar dentro de la capital para saber desde allí el lugar donde se albergaba el Rey recién nacido; como así lo preguntaban públicamente con el mayor candor, añadiendo: porque hemos visto su estrella en Oriente y venimos á adorarle. Heródes, rey tributario, aborrecido de los judíos, informado de que unos extranjeros de alta categoría iban en busca de un Niño á quien estaba prometida la soberanía del país, y cuya estrella han divisado; no levantando sus ojos mas allá de una corona temporal, quedó sorprendido y espantado, por una rivalidad poderosa que amenazaba su trono mal seguro. La turbacion y la inquietud se difundieron por entre todos sus esclavos y por toda la ciudad, la cual se conmovió por motivos distintos de los de Heródes, pues era detestado.

Reunió luego éste los príncipes de los sacerdotes y los doctores de la ley para saber de ellos en qué lugar debía nacer el Mesías, y la respuesta unánime fué: En Belen de Judá, segun los oráculos formales del profeta; y aun añadieron los ancianos de Israel, que tocando ya á su fin las últimas semanas de Daniel, los tiempos del Mesías no podian estar muy léjos. Hizo pues llamar los magos en secreto, y los estrechó con preguntas sobre el tiempo en que habia aparecido la estrella. Y despidiéndolos para Belen les dijo: «Id allá á informaros exactamente de este Niño; y cuando le hubiéseis hallado, hacédmelo saber, para que vaya yo tambien á adorarle.»

Una circunstancia de muchos desapercibida, es la que nos llama por un momento la atencion, y esta circunstancia notable se encierra en la promesa que hizo Heródes á los magos, de ir él tambien á adorar al Niño luego de sabido el punto de su nacimiento.

En la persona del rey de Judea nos parece ver exactamente re-

trados los perseguidores mas terribles del cristianismo. No era por cierto tan temible ese tirano sanguinario cuando, rechinando en su impotente furor, hacia derramar por las llanuras de Belen arroyos de inocente sangre, como cuando encubriendo su atroz designio, pedia á los santos viajeros que le informasen del lugar donde naciera Jesus, para ir á tributarle sus homenajes.

La persecucion contra Jesucristo y sus discípulos fué cruel é inhumanamente feroz durante los primeros siglos; pero abierta y declarada. Enrojecida entónces la Iglesia con la sangre de sus propios hijos, que la cubria como una púrpura de gloria, veia brotar palmas y laureles tan hermosos como las virtudes de los fieles; y mientras mantenía acá en la tierra el heroismo de la caridad y la constancia del martirio, enviaba á la Iglesia triunfante coros gloriosos de justos que recibian en el cielo las recompensas inmortales de su espontáneo sacrificio. Mas cuando hubo cesado la persecucion de los anfiteatros y patíbulos, empezó la persecucion de la hipocresía, muchos mas desastroza que la del cuchillo. Nuestro siglo, sobre todo, fatigado, ya de luchar con todas armas, ha escojido la de la astucia y del amago como la mas propia para triunfar sin obstáculo, y la que mas insensible y disimuladamente apaga en los espíritus tímidos ó vacilantes la llama santa, que quizá atizaria el soplo vivo de una persecucion sangrienta ó descarada.

Así que, vemos en nuestra época puestas en boca de todas las condiciones de la sociedad las últimas palabras del monarca de Jerusalem á los hijos del Oriente que buscaban á Jesus: luego que le hubiéreis hallado, dadme aviso, *para que yo tambien vaya y le adore.* Yo tambien quiero adorarle, dice quizá el hombre de poder, aquel en cuyas manos se halla la suerte de un gran pueblo, mientras tolera la blasfemia, el despojo, mientras los augustos monumentos caen al golpe del hacha ó de la pica, mientras lloran desiertos los caminos de Sion. Yo tambien quiero adorarle, dice el político, el hombre de las teorías y de los sistemas, que ha declarado la guerra á las instituciones de caridad, y

á todos los recuerdos venerables y testimonios vivientes de la fé de nuestros padres. *Yo tambien quiero adorarle*, dice el filósofo, mientras está sembrando con sus doctrinas el germen de una filosofía, cuando ménos incierta en sus principios y tendencias, que se dirijen ó á materializar al hombre, ó á dar á la ciega razon el imperio sobre todas las verdades, ó á establecer como base universal la duda ó la indiferencia en que se adormezcan torpemente el pensamiento ó el corazon. *Yo tambien quiero adorarle*, dice el poeta que se vale de los dogmas terribles y sacrosantos de la fé, como de una nueva y hermosa mitología, y bajo dudosos lemas entona himnos á las pasiones divinizadas.

¿Y por qué el rey de Judea amagaba en su páfida hipocresía un golpe de muerte al Niño Dios? Porque era un tirano temido y detestado, porque temblaba sobre su trono, suspicaz, sombrío, sanguinario, que temia perder á cada momento el cetro que casi se le escapaba. Ese Mesías poderoso, ese venedor del mundo, tal como él se lo figuraba, le llena de sobresalto y le alarma: no es el Dios, quien hace estremecer al viejo monarca, es el príncipe. Parecele ver ya restablecida sobre el trono de Judea la casa real de David, y el nuevo vástago, dominando con orgullo sobre aquel s61io, que él habia ya enrojecido con su sangre. ¡Insensato! en su ceguera abominable, no conocia los altos designios de Dios, ni el verdadero carácter del rey á quien anunciaban los astros y los reyes. Ved ahí prefigurada tambien en Heródes la obcecacion, la suspicacia, los impotentes esfuerzos de todos cuantos le han sucedido en perseguir la religion de la cruz. Casi todos los gobiernos han desterrado de la sociedad el nombre augusto de Jesucristo, para nada cuentan en sus cadueas y vacilantes legislaciones con el legislador eterno, temerosos de que su ascendiente en los corazones de los pueblos, ponga coto á sus planes de predominio. Los sábios del mundo, los que pretenden abrogarse el derecho divino de regenerar la humanidad haciéndola marchar por nuevas y quiméricas sendas de mejoramiento progresivo, temen tambien á Jesucristo. La sencillez arrastradora de la ver-

dad que emana de la palabra de Dios, y que como una espada de dos filos, llega á dividir el alma del espíritu, les embaraza, les confunde, es un obstáculo insuperable á sus planes de desolacion y de muerte. Los hombres endiosados, los hijos de las tinieblas, los que vejetan en la corrupcion y en el egoismo, temen tambien á Jesucristo; y ved ahí la guerra de muerte que le declaran. Con todo, su dulcísimo nombre tiene aun adoradores fieles sobre la tierra, que detienen quizá la destruccion del mundo. No es posible lidiar frente á frente con un Dios cuyo amor es una necesidad para la inteligencia y para el corazon. Preciso es disimular, y decir con el hipócrita Idumeo: *¿En dónde está este Dios, que yo tambien iré á adorarle?*

De este modo, pues, pensaba Heródes asegurarse de aquella euna que tanta inquietud le daba, y de la cual publicaba ya la fama tan grandes maravillas, y ahogar sin dificultad unos destínos que nacian y que ninguna mano de hombre defendia. Los magos, por su parte, con la ingenuidad de su corazon y acostumbrados desde su infancia, como todos los reyes de Persia, á decir la verdad, no pudieron sospechar tanta páfida en el falso y suspicaz Idumeo, y atravesando otra vez la ciudad santa con sus plegadas tiendas y su brillante comitiva, salieron de Jerusalem por la puerta de Damasco, y se dirijieron hácia la ciudad de David. Despues de haber atravesado profundos barrancos cortados por colinas, apareció en su zenit un punto brillante, que descendió rápidamente sobre ellos. *¡La Estrella!* gritaron todos á una voz, y la estrella, la misma que habian visto en Oriente y que habia guiado sus pasos, fué á colocarse sobre la cueva del Niño Dios.

Absortos y llenos de un santo respeto, no quedaron arredrados por lo humilde y desmantelado del sitio; y los adoradores del sol, los sábios y potentados de la Arabia, primicias ilustres del gentilismo convertido, y como los representantes de todo el universo idólatra, entraron en aquella choza con la misma veneracion que al mas suntuoso templo. Su fé no vaciló ni un mo-

mento, porque era conducida por el amor y la humildad de su corazón, y abriendo sus cofrecitos, le presentaron por ofrenda sus tesoros, junto con mirra y con incienso, triple símbolo del principado, de la humanidad y de la divinidad del Niño que adoraban. Los padres de Jesus quedaron gratamente sorprendidos de ver aquellos magnates, venidos de tierras lejanas, que se postraban á los piés del divino Infante, haciendo tocar hasta el polvo sus frentes respetables. María, sobre todo, contemplaba atónita y jubilosa aquella escena espléndida de gloria, en la que brillaba ya á la faz del mundo la majestad de su querido Hijo, tan humildemente velada, y este era el último periodo de grandeza de que debía disfrutar su alma, á la que estaban reservados tantos dias de amargura y de dolor.

Disponianse los Santos Magos á ir á encontrar al rey en su palacio de Jericó, segun se lo habian prometido, no sospechando ni por asomo sus atroces proyectos, y noticiarle el lugar donde habia nacido el Mesías: pero un ángel del Señor les advirtió en sueños los negros designios de aquel rey pérfido, y les indicó que mudasen de camino.

«Los discípulos de Zoroastro, dice el amable historiador de María, dieron gracias á *Aquel cuya tienda está en el sol*, atribuyeron esa revelacion nocturna á su génio tutelar, y mereciendo por su grande docilidad el dón de la fé, que recibieron mas tarde, en lugar de costear las playas estériles y peligrosas del Lago maldito, que refleja sobre sus pesadas y estancadas aguas las sombras de las ciudades réprobas, dirijieron la cabeza de sus camellos por el lado del *Grande Mar*, y se creyeron trasportados á las llanuras sembradas de rosas que bañan el Eufrátes y Bend-Emir, recorriendo las hermosas orillas de la Siria.»

Los cristianos han colocado un altar en la Iglesia subterránea de Belen, en el lugar mismo en donde estaba la Virgen María cuando presentó su Hijo á la adoracion de los magos.

Nadie ignora que estos ilustres peregrinos, llamados por el cielo y venidos libremente á saludar la cuna del Dios Infante, fue-

ron siempre mirados como las primicias y los símbolos vivientes de la vocacion de los pueblos al banquete de la fé. El hombre no vive solamente de pan, sino de toda palabra que descende de la boca de Dios. Pero á diferencia de las criaturas materiales, que van allá donde las conduce una fuerza superior é irresistible, el hombre, criatura inteligente y libre, es llamado con obligacion rigorosa, es verdad, pero no por una necesidad fatal, á corresponder. Por esto es libre á escojer la verdad para nutrirse de ella, y es criminal en abandonarse al error, y en buscar en la ignorancia ó en la mala fé una justificacion hipócrita de los descarríos de su corazón.

Es sabido tambien que la antigüedad cristiana ha considerado siempre en el llamamiento sucesivo de los pastores y de los magos, una indicacion del órden seguido en la difusion del Evangelio. Los pastores son llamados primero á la cuna de aquel que venia á socorrer á todos los hombres, pero sobre todo á los pobres, á los desamparados y á los humildes: los sábios y los poderosos son llamados en segundo lugar, y llegan mas tarde, como si estuviesen mas léjos de la simplicidad y de la abnegacion evangélica, por el orgullo de la ciencia y la seduccion de la riqueza. Esto mismo se vió tambien en los primeros siglos, los débiles y los pequeños entraron en tropel y sin retardo á la Iglesia: los Césares no pusieron en ella los piés sino al cabo de tres siglos.

Cuarenta dias despues del nacimiento de Jesus, María se presenta al templo para cumplir con la ley de su país, aunque estuviese de ella dispensada por el carácter maravilloso de su alumbramiento. Todas las mujeres que habian dado á luz un hijo, debian ofrecerlo en el templo, y sujetarse ellas mismas á la ceremonia de su propia purificacion.

No seria de estrañar que se admirase á primera vista el sencillo creyente al oír hablar de la purificacion de María, pues por lo comun no se purifica sino lo que está impuro. Pero los misterios de la religion, en medio de sus insondables profundidades, ofrecen una doctrina sublime, é inspiran la práctica de aque-

Las altas virtudes que el Hijo de Dios vino, por decirlo así, á divinizar sobre la tierra, y que el hombre no conocía.

La humildad es una virtud esencialmente cristiana, lo mismo que el amor á los enemigos. De las otras virtudes morales podía ántes tener el hombre una idea, aunque imperfecta y oscura, que se conocían en su alma como vestigios de su elevado origen. Por esto Jesucristo, desde el techo de Belen hasta el árbol de la Cruz, santificó por sí mismo esta virtud divina, y su vida no fué mas que práctica no interrumpida de amor y de humildad.

Acércase el gran día en que el suspirado de Israel va á enlazar la ley antigua y la ley nueva, las sombras y la realidad, las promesas y el cumplimiento. Despues de haberse hecho adorar por príncipes gentiles, que le ofrecieron en tributo lo mas grande del hombre, la sabiduría y el poder, debía este Sacerdote eterno recibir en homenaje la adoración de los judíos, de quienes esperaba la muerte; pero en cuyo pueblo debía establecer la piedra fundamental del reino de su Padre.

María, cuya alma entraba ya en los arcanos y misterios de la redención, conoció que su divino Hijo, como lo dijo despues él mismo, no habia venido á deshacer la ley sino á cumplirla. La mas pura entre las hijas de los hombres quiso confundirse entre las demas mujeres, y la misma razon que le habia hecho elegir un esposo, la conduce hoy al pié del santuario.

Moisés habia impuesto tres leyes á las mujeres que parian varón. La primera, mandaba que la mujer fuese tenida por inmunda los primeros siete dias, y excluida como tal de la comunicacion popular, pero en otros treinta y tres dias no podia entrar en el templo ni tocar cosa santa. La segunda ley era, de la presentacion del infante en el templo, pasados los cuarenta dias, sin distincion de sexos, ofreciendo por él un corderillo de un año ó un pichon ó tórtola, y si no podian cordero, dos tórtolas ó pichones, bello símbolo de la castidad, uno para el sacrificio del fuego que llamaban holocausto, y otro para otro género de sacrificio que llamaban *sacrificio por el pecado*. Llevaba la madre

á su hijo al templo, lo entregaba al sacerdote en la puerta del tabernáculo, el cual, tomándolo en sus manos, lo llevaba hasta cerca del altar, y levantando al niño delante de Dios, se lo ofrecía, y daba gracias por aquella nueva criatura racional. Recibia despues la ofrenda por el sacrificio, el cual, en sentir de San Agustín, se ofrecía por el niño para purgarle de la culpa original en que habia sido concebido. En esta ofrenda se confesaba la mujer por pecadora, y pedia al sacerdote que orase por ella. Con esto quedaba ya purificada.

La tercera ley era particular para los primojénitos. En memoria de haber Dios exterminado todos los primojénitos del Egipto, para librar á su pueblo de aquella fiera servidumbre, reservó para sí todos los primojénitos de Israel, que se le ofrecían en el templo. Si eran hijos de levitas se dedicaban al culto del Señor; y si no lo eran, los redimian sus padres por cinco siclos, moneda de plata, que segun Josefo, pesaba cuatro dracmas Atticas.

Todas las tres leyes viene á cumplir hoy en el templo la Madre del Redentor. Por la primera vez se acerca á estos umbrales sagrados una Madre Virgen, llevando por humildad las ofrendas que servian para expiar la inmundicia; y el Rey de los cielos va á ser ofrecido á su Eterno Padre bajo la imájen de los tiernos palomos. La Divinidad debia estar aún oculta entre los hombres, y el Dios adorado de pastores y de reyes debia ser ofrecido entre los pobres.

Ni la maternidad, ni el Hijo, ni la ley obligaban á María. Cuando Dios dictó al legislador de los hebreos la ley de la purificacion, le dijo solamente: *Mulier si suscepto semine pepererit*. ¡Qué legislación humana hubiera hablado así! Una tal condicion pareceria inoportuna y aún ridícula á los ojos de los hombres, pero en ella se encerraba el futuro arcano de una maternidad virginal, y era un prenuncio sublime de la exención de María. Sin embargo, tan alto privilegio fué rehusado por la que se confesó esclava del Señor.

María, pues, no fué á purificarse, sino á venerar el misterio

de la purificación. Acabó con esto de hollar la cabeza á la orgullosa serpiente, y fué despues exaltada por su portentosa humildad. Se cumplieron las profecías sublimes de Ageo y de Malachias. «¿Quién ha quedado de vosotros, exclamaba el primero en un éxtasis divino, que viese esta casa en su primera gloria? No tardará mucho en venir el deseado de las gentes, y llenará de gloria esta casa (dice el Señor de los ejércitos), y será mayor la gloria de esta casa última que la de la primera.» ¿Quién negará que el profeta entendió hablar del segundo templo de Jerusalem, glorificado por primera vez con la presencia real de Jesucristo?

Los brazos puros de la Virgen eran el alto trono de su gloria; este templo ménos suntuoso que el de Salomon, fué mas augusto y glorioso que el de aquel hijo de David. Oigamos la voz profética de Malachias: «Sabed que envío mi ángel, y luego vendrá á su templo el Señor que vosotros buscáis.»

Abrese, pues, el templo á la Madre y al Hijo. El viejo y afortunado Simeon se siente inspirado derrepente por una luz sobrenatural, como si el divino Niño hubiese dejado escapar un rayo de su divinidad. Absorto, oprimido de placer, mira entre sus brazos trémulos al deseado de las naciones, le adora, le estrecha contra su corazon, mas dichoso que Noé cuando vió en el pico de la paloma el olivo de misericordia. Un cántico de gratitud y de amor se escapa de sus lábios; el júbilo embarga su voz, y su corazon arrobado ya no teme la muerte. Judío en la religion y cristiano en la adoracion, es el último justo de la ley y el primero de la gracia. Mas feliz que todos los patriarcas y profetas, toye el infante divino y se santifica en medio de sus caricias. La virtuosa Ana, de la tribu de Asser, participa tambien de tan soberana ventura, y reconoce al libertador de Israel.

Simeon se siente poseido por el espíritu del Señor. Un dolor profético arranca un suspiro de sus lábios. Mira á la Madre y llora. ¡Gran Dios! ¡Qué funesto preuncio! El Hijo tierno, el inocente, el Divino Jesus..... el corazon de su Madre herido

de muerte..... el Gólgota..... Mas no turbemos con tan tristes presagios el purísimo júbilo del soberano misterio que con esta festividad nos recuerda la Iglesia.

María, pues, sin tacha y sin mancha, obedece con humildes sentimientos á una ley que no le concernía; y presenta la ofrenda, no de los ricos sino de los pobres: las mujeres ricas daban un cordero, las pobres dos tortolillas. El hombre justo y temeroso de Dios, que aguardaba al consolador de Israel y á la salud del mundo, habia conocido proféticamente que no moriria sin ver ántes el objeto de los votos que con tanto ardor alimentaba. Quiso Dios que este Simeon llegase al templo en el instante mismo en que María y José presentaban á Jesus. Y en un arrebatado de santo júbilo pronunció aquellas tan celebradas palabras.

Llegado ha ya el momento
 En que puedes, Señor, á este tu siervo
 Llevarte de esta vida,
 Por quedar tu palabra ya cumplida.
 Pues que vieron mis ojos
 Al suspirado Salvador de mundo,
 A la faz presentado
 Del orbe entero que le vé admirado.
 Será luz de las gentes
 En este triste y lóbrego destierro,
 Y de inmortal memoria
 Será del pueblo de Israel la gloria.

María y José escuchaban estas palabras magníficas con sorpresa y admiración; y el noble corazon de María se abría á los designios espléndidos de Dios sobre su Hijo, como se abre una flor delicada ó húmeda del rocío á los rayos vivificantes del sol. Pero las palabras de aquel anciano venerable, dirigiéndose á María derraman en su alma aquellas gotas de amargura que la acibararon toda la vida y que la hicieron mártir hasta la muerte.